

APERITIF CONCERT

ENTRE mis numerosos defectos (además de mi pasión por el bacalao a la marinera), cuenta el de asistir diariamente a un almacén en el que nos reunimos a la hora del *aperitif*, unos cuantos amigos.

El patrón del *boliche*, a quien no le convence ni Dios de que un kilo tiene más de novecientos gramos, es un *gaita* (así le llamamos cariñosamente), que dice *tranquilidad*, se peina a la moda y se enferma cuando se baña (goza de buena salud).

Es viudo y conserva tres hijos de su matrimonio (únicamente conserva legítima que hay en el almacén) y está por contraer segundas nupcias. Es de los que no escarmientan...

Tiene a modo de edecán, *attaché*, *robe de chambre*, o como quiera llamarle, a un tal Martínez, gran conocedor de los secretos de la bananza, que lo mismo hace de cocinero que despacha un *vermouth* falsificado. No sabe una palabra de latín, pero visto pantalón de talla y tiene toda la *planta de torero* detrás del mostrador. En la plaza de toros debe ser un gran almirero. Hace las veces de segundo gerente y repartidor. Manolo (hermano del patrón), un muchacho de color chocolate (del más barato), que en presencia de cualquier maritorne se *alnibura* de tal modo que, si le piden dulce de membrillo, despacha arroz Preben o le da el vuelto de diez pesos en vez de apuntarle el gasto en la libreta.

No menos dignos de atención son los clientes de la casa: allí hay para todos los gustos: un tenedor de libros que, a fuerza de no tener casa, ya se va acostumbrando a dormir sobre una caña, como los pájaros, algunos comerciantes que fuman de a cero treinta y se afeitan dos veces por semana, un empleado nacional (italiano) que usa bigote a lo Humberto y habla mal de los radicales (éste es una especie de tumor canceroso que le ha salido a nuestra reunión, pues nunca paga lo que toma), dos empleados de comercio del barrio y el que estas líneas escribe.

Ciertas infaltables a esa hora: una señora que usa perrita y medias de color y cuya fe de vinda no se encuentra por ninguna parte. Dice que tiene cuarenta años, pero hay quien asegura que conoció a Américo Vespucio. Una sirvienta madrileña (del propio Betanzos), cuyos ojos aun no han conseguido ponerse de acuerdo y miran en distintas direcciones (yo la llamo Casimira), lleva luto por un novio que la citó hace tres años en la esquina de Cevallos y San Juan y aun no ha concursado a la cita. Asegura que se lava la cara todos los días, pero el énuello dice que eso es falso, y por último, una tal Jesusa que lleva botines del cuarenta y dos y cuando se ríe enseña el esófago.

Nuestra reunión en el almacén dura, generalmente, una hora, durante la cual hacemos chistes de todos colores, hablamos de carreras, de política, de mujeres y hasta de hombres. Algunas veces «nos metemos con las clientas» con objeto de amenizar la reunión.

Ayer, por ejemplo, llegó Jesusa y nos enseñó la tráquea, o lo que es lo mismo, se sonrió. Entraba diciendo:

— Despácheme en seguida, que estoy apurada.

Al verla entrar el hermano del almacenero, dejó caer al suelo la tapa de la quesera, adoptando una actitud de tenor cómico de género chico, y entabló con ella el siguiente diálogo:

— ¿Qué desea de su esclavo la reina del mundo y sus alrededores?

— Un kilo de yerba, media docena de huevos y un sifón.

— ¿Nada más, preciosura?

— Nada más, y despácheme en seguida.

— No esté tan apurada *divinidad*, y no me mire de ese modo que me da vueltas la cabeza.

— Puede que sí que le dé vuelta a la cabeza de un sifónazo, si sigue diciendo *zonceras* — agregó Jesusa mientras se hurgaba la nariz con el pulgar de la mano derecha.



— No sea mala — (replicó el muchacho)

— No sea zonzo — agregó ella.

Al fijarse en la cara de Jesusa, gritó, con toda ironía uno del grupo:

— Sirvámonos una vuelta, patrón.

— Completamente vuelta, — agregó otro.

— A mí, con fernet — objetó yo.

Mientras tanto el hermano del patrón pesaba orejones importados... de Ramos Mejía.

— Dígame — exclamó el tenedor de libros encarándose con Jesusa — ¿No ha notado usted en su casa la falta de un tenedor?

— No sé. Es la patrona la que cuida los cubiertos.

— ¡Si digo un tenedor de libros! (El creía que ya habían caído los otros en desuso, porque sólo come *sandwiches*).

— ¿Y para qué queremos en casa un tenedor de libros?

— Para lo que usted guste mandar — replicó él.

— Para limpiar las cacerolas — dijo otro.

— Para anotar lo que usted *sisa* en el mercado — agregó el italiano.

— ¡Pobre mi madre querida! — gritó el almacenero, metiéndose debajo del mostrador.

Carejada general, dos interjecciones de Jesusa y un sifón mal dirigido, que se ubica en el ojo derecho de uno del grupo que estaba por encima de todos. A todo esto, Martínez, que estaba bautizando una bordalesa de vino, perdió la cuenta del agua que había echado.

El patrón interviene en el conflicto del sifón. Mazacote (así se llama el italiano) pide aprovechándose de la confusión, un coñac para que lo paguen los otros, y el hermano del almacenero entrega a Jesusa, con aire de triunfo, medio kilo de orejones y cincuenta centavos de fiambre surtido.

Jesusa dijo algo incontestable y se fué.

Nosotros cuidábamos el ojo del herido, mientras el sifón yacía en el suelo en actitud amenazadora (con el pitillo para arriba). Se restablece la tranquilidad (pues dicho sea de paso, aquello no parecía un almacén, sino un Congreso de los Diputados) y pedimos otra vuelta (sin ironía y con soda).

El hermano del patrón se había quedado dormido con el codo apoyado sobre una mortadela, cuando, de pronto, vemos a Jesusa entrar de nuevo, gritando desde la puerta:

— ¡Pero usted se ha propuesto tomarme el pelo!

— ¡Cuánto se debe, patrón! — gritamos todos a coro, y lentamente, sin hacer el menor ruido, nos deslizamos hasta la calle, donde nos despedimos casi por señas, después de ver a Jesusa que, con el cuchillo de cortar salame en la mano, discutía con el almacenero, como si fueran dos diputados en plena sesión.

Como ellos son del barrio, se fueron a pie a sus casas. Yo, que vivo lejos, me quedé en la esquina esperando al 7.

Desde ayer se ha deshecho la reunión y ahora cada una toma el vermouth en donde le da la gana. Yo sigo tomándolo en... vaso.

JOAQUÍN FRADE GOITIA.